

## Ortega y los argentinos

**E**stos son días de rememoración orteguiana. Cuarenta años hace que murió Ortega. Me acuerdo que al recibir yo la brusca, la infausta nueva —no me viene ahora a la memoria la vía por donde hubo de llegarme—, a la sorpresa primera se sumó, se superpuso, mejor dicho, una como insondable perplejidad. Pero había no más que hacerse cargo de lo sucedido, había no más que aceptarlo. D. José Ortega y Gasset había muerto.

Presa todavía mi voluntad, todavía conmovido y contristado mi ánimo por el luctuoso e irremediable suceso, alguien de mi propia casa, de mi propia familia acudió a decirme que el Sr. Larreta quería hablarme por teléfono. Larreta estaba al tanto —lo estaba desde hacía más de quince años— de lo que significaba para mí la amistad de Ortega. La gratitud y la intelectual devoción —una y otra ilimitadas— que yo tenía, que yo sentía, por el insigne español, Larreta las conocía harto bien. De aquí que, en la oportunidad que refiero, se apresurara a comunicarse conmigo, a condolerse conmigo. Lo hizo con esa su señoril distinción, con esa su refinada calidad de trato que le eran propias y que envolvía a su persona toda — su porte, su metal de voz, sus ademanes, sus gestos— de suma elegancia. Además, bien sabía yo de la admiración y el entusiasmo constantes que suscitaban en él las obras y los escritos de Ortega. Me pidió que fuera a verle lo antes posible, acaso ese

**SALUSTIANO  
DEL CAMPO**

**«Presa todavía mi voluntad, todavía conmovido y contristado mi ánimo por el luctuoso e irremediable suceso, alguien de mi propia casa, de mi propia familia acudió a decirme que el Sr. Larreta quería hablarme por teléfono. Larreta estaba al tanto —lo estaba desde hacía más de quince años— de lo que significaba para mí la amistad de Ortega.»**



mismo día de nuestra comunicación telefónica o bien al día siguiente. Así lo hice, en efecto. Al recibirme solícito y no acabado aún de darnos nuestro efusivo apretón de manos, volcó sin más su hondo pesar por el fallecimiento de Ortega. Me dijo: "Hombres así, hombres como nuestro grande amigo, no debieran morir como los demás, no debieran morir como todo el mundo... Deberían vivir doscientos, trescientos años..."

He creído que no era impropio comenzar esta conmemoración orteguiana con la breve referencia anecdótica que acabo de transmitir. No desmerece, me digo, ni a quien iba dedicado el veraz sentir de Larreta, ni a este último, persona de reconocido ingenio en decires espontáneos e inesperados.

Me tiento referir otra anécdota, que como la anterior quedó grabada en mi memoria sin borrarse nunca.

Cuando en el segundo semestre de 1939 (más exactamente, cuando se inicia nuestra primavera austral) dio Ortega la primera conferencia de un grupo de seis que habría de dictar en Los Amigos del Arte, cuyo salón de conferencias quedaba sobre la calle Florida, ya el filósofo en la tribuna, y en medio de la recogida, expectante y silenciosa atención del público allí congregado, dijo con tanta llaneza como infalible predeterminación: "Señoras y señores: Se trata de lo siguiente...", y acto continuo dio comienzo al tema de su anunciada y esperada disertación.

Permanece aún fresca en mi recuerdo, como dije, la impresión vivaz, como de flecha en el blanco, que a alguien muy próximo a mí en la amistad y en el afecto, hizo en su fino paladar de buen catador de amaños literarios y oratorios aquel comienzo de Ortega en su primera conferencia, la luego famosa "Ensimismamiento y alteración". "Sólo a alguien como Ortega, sólo a Ortega, podía ocurrírsele comenzar así una conferencia académica...", comentó ese mi querido amigo... y a fe que llevaba éste toda la razón.

Decididamente estoy en vena de anécdotas. Me tranquiliza el hecho de no referirme sino a cosas y acontecimientos que atañen a nuestro asunto: Ortega y los argentinos. Hice mención de aquella primera conferencia en Amigos del Arte y del modo en que el filósofo "echó a andar de tan buen paso". Había consumido ya unos buenos minutos en la marcha de su discurso, cuando la primera fila del salón se movió, se apretujó a fin de dar cabida a un recién llegado. Era éste Manuel de Falla. Mientras el célebre músico se acomodaba en su asiento, Ortega ha dejado de hablar. Retoma acto seguido la

**«Cuando en el segundo semestre de 1939 (más exactamente, cuando se inicia nuestra primavera austral) dio Ortega la primera conferencia de un grupo de seis que habría de dictar en Los Amigos del Arte, cuyo salón de conferencias quedaba sobre la calle Florida, ya el filósofo en la tribuna, y en medio de la recogida, expectante y silenciosa atención del público allí congregado, dijo con tanta llaneza como infalible predeterminación: "Señoras y señores: Se trata de lo siguiente..."»**



palabra y lo hace de este modo: "Ilustre maestro Falla, decía yo..., etc., etc." El viejecito impar se quedó inmóvil, las manos sobre las rodillas, como colegial sumiso.

Dos o tres semanas antes de lo que estoy refiriendo, en esos mismos salones de Los Amigos del Arte, fui presentado a Ortega por su grande amiga Doña Elena Sansinena de Elizalde. Ya no podría olvidar en todos los años que llevo vividos desde entonces, el inmerecido privilegio de que soy deudor a *Bebé*, como la conocían las personas de su amistad más próxima. Era secretario de esa institución de arte y letras Julio Noé, prestigiosa y respetada figura de nuestro ambiente intelectual.

Viendo a Ortega en persona, al verle por primera vez (esto ya lo he recordado en otra ocasión), creí reconocer a un viejo amigo, alguien cuya estampa y fisonomía me eran familiares. Es que, desde hacía varios años, había mirado con avidez fotografías suyas y había fijado en mis retinas su rostro expresivo. Poco antes de su reciente venida a Buenos Aires —estamos en 1939, recuérdese—, en casa justamente de la señora de Elizalde, despertaron mi curiosidad unas instantáneas tomadas durante el segundo viaje de Ortega en 1928, donde el filósofo parecía hablar y moverse, y cuya mirada se proyectaba tan vivaz sobre el observador que era como si estuviese hablando, según suele decirse.

(Se ha pretendido más de una vez que la mirada de Ortega y la de Picasso se semejan no poco. En un primer pronto, tal ocurre efectivamente. Mas al demorarnos en el cotejo y ahondar esa primera impresión sugestiva, la aparente semejanza se debilita, se evapora casi. Es que mientras la formidable mirada picassiana resulta severa, firme y hasta dura por demás — mirada de cíclope, diría yo, con algo de implacable frente a la vida y al ser humano—, la mirada de Ortega, cuyo rasgo más propio es su penetración — mirada tan intensa que se diría capaz de atravesar lo opaco hasta volverlo traslúcido—, se humaniza en razón de la comprensión y simpatía magnánimas que vuelca sobre hombres y cosas.)

Ortega convalecía con dificultad en aquella ocasión de una grave dolencia que lo había puesto, no hacía mucho, en París, al borde de la muerte. Es de suponer, por lo tanto, que su estado físico no habría de impresionar favorablemente. Se le veía avejentado. Ortega no llegaba entonces a los sesenta años (sólo tenía, para ser precisos, cincuenta y siete) y el color terroso de su tez mostraba la morosidad y el esfuerzo con que, lentamente, se recuperaba. Su voz, cuando por primera vez la recibí en mis oídos, sonaba algo cascada —cascada y honda, diría— como si para hacerse oír de los demás y exteriormente tuviese que andar mucho camino, como si viniese de muy lejos y muy

**«Viendo a Ortega en persona, al verle por primera vez (esto ya lo he recordado en otra ocasión), creí reconocer a un viejo amigo, alguien cuya estampa y fisonomía me eran familiares. Es que, desde hacía varios años, había mirado con avidez fotografías suyas y había fijado en mis retinas su rostro expresivo.»**



adentro en el alma y en el tiempo. Ese metal y esa reconditez de voz —voz de fumador empedernido—, se atenuaban y como dulcificaban a menudo por obra y gracia de la sonrisa y de la jovial expresión de los ojos, que en Ortega eran gestos muy característicos. Al sonreír se le hacían más profundos los grandes surcos o arrugas que a modo de sendos trazos semicirculares enmarcaban ambas mejillas, la nariz y la boca.

Esta última, que rivalizaba con los ojos y la mirada en expresión, fuerza y sensibilidad, era grande, de labios más bien delgados y en armonía y proporción con la enérgica y noble arquitectura del rostro todo. La frente, muy vasta bajo el cráneo suavemente plano, se acompañaba bien con la base de la cara, que, a su vez, era amplia en el mentón y la barbilla, firme asiento ésta de la boca móvil y expresiva. La nariz se perfilaba grande y carnosas, verdadero órgano de los sentidos que no, por cierto, mero repulgo ornamental.

Ortega era de poca talla. Lo era, sin embargo, en ese punto exacto en que la baja estatura no resulta ostensible; antes ocurre que no reparamos en ella. Como casi todos los sobresalientes españoles de la época del último Alfonso, Ortega vestía con gusto, esmero y sobriedad, y llevaba bien la ropa, aunque esto, ya se descuenta, sin proponérselo mayormente, con la naturalidad de una vieja costumbre.

Fácil y resuelto era su andar, en un todo desprovisto de empaque o solemnidad. Caminaba con decisión y el ritmo ágil que imprimía a sus pasos delataba esa presteza leve que sólo exhiben en sus movimientos los jóvenes. El no lo ignoraba, y se complacía en ello.

Tal o tales las primeras, vivas, impresiones que en mí iban dejando mis también primeros encuentros con Ortega. Los cuales, si impregnados, en lo a mí atañadero, de cada vez mayor compenetración y curiosidad, no disponían aún del hecho o episodio que ata fuerte, venturosa, inesperadamente una mera relación de trato personal —por inusual y grata que ella sea— al tronco recio de una verdadera amistad: la que Ortega me otorgó con inigualable generosidad e invariable confianza.

Esa amistad impar que me reservaba el destino, el mío propio, mi propio *dharma*, se anudó y adquirió firmeza definitiva a raíz de haber oído yo casualmente que el filósofo español se hallaba entonces tan desprovisto, aquí en Buenos Aires, de aquellos libros más al uso en circunstancias normales, que se había visto forzado a reiniciar su colaboración asidua en el diario *La Nación* —lo hizo, en efecto, en esos días con una serie de artículos sobre el Imperio

**«Al sonreír se le hacían más profundos los grandes surcos o arrugas que a modo de sendos trazos semicirculares enmarcaban ambas mejillas, la nariz y la boca. Esta última, que rivalizaba con los ojos y la mirada en expresión, fuerza y sensibilidad, era grande, de labios más bien delgados y en armonía y proporción con la enérgica y noble arquitectura del rostro todo.»**



Romano, en los cuales alude y cita repetidas veces a Cicerón—, sin que dispusiese de una edición decorosa y confiable de este último. Enterado de lo que estoy refiriendo me apresuré, sin más, a depositar en casa de Ortega los cinco tomos de Cicerón, editados por Fermín Didot, que habían sido de mi padre. El filósofo agradeció un tiempo después y en ocasión solemne mi ínfimo gesto; lo hizo con esa su magnanimidad de grande de espíritu que era el español Ortega y Gasset como nadie en mayor medida lo ha sido.

Tal el hecho episódico que asentó firmemente mi relación de amistad con Don José Ortega y Gasset. Cada vez que vuelvo hoy mis ojos sobre aquellos tomos ciceronianos renuevo la peripecia feliz a que dieron paso, a que se prestaron silenciosos y dóciles.

Lo que estoy refiriendo ocurrió allá por agosto o septiembre de 1939, año y meses éstos en que se inicia la tercera visita del filósofo a nuestro país. A estas fechas Ortega es ya un viejo conocido nuestro, mejor dicho, es ya un viejo amigo de la Argentina.

Anteriormente, un cuarto de siglo antes, Ortega vino a mediados de año también, traído, invitado por la Institución Cultural Española. Esta benemérita agrupación hacía venir periódicamente a relevantes intelectuales vinculados casi todos ellos a la Universidad de Madrid. Uno de éstos, sea dicho de paso, el brillante matemático Don Julio Rey Pastor, echó raíces firmes en nuestra ciudad porteña (a buen seguro, se desempeñó también temporariamente en otras universidades del interior) de cuya vida universitaria participó intensa, prolongada y prestigiosamente. Su nombradía matemática o de matemático era internacional. Si exceptuamos el caso en verdad excepcional de Rey Pastor, todos los otros profesores invitados por la I.C.E., que son muchos, se desempeñaron con clara solvencia científica dentro de la especialidad académica de cada cual. Ejecutada que hubo sido su específica tarea, daban, como corresponde, por finalizada su permanencia en Buenos Aires. Retornaban a España o partían acaso a otras ciudades hispanoamericanas donde cumplirían similares cometidos.

La primera visita de Ortega en 1916 vale, pues, lo acabo creo de insinuar, como excepción a la regla que quiere que ninguno de los destacados intelectuales traídos a Buenos Aires por la I.C.E. haya tenido acceso a públicos y lugares que no sean los estrictamente universitarios. El Ortega que viene a Buenos Aires en la fecha indicada es un joven profesor de filosofía de la Universidad de Madrid,

**«Lo que estoy refiriendo ocurrió allá por agosto o septiembre de 1939, año y meses éstos en que se inicia la tercera visita del filósofo a nuestro país. A estas fechas Ortega es ya un viejo conocido nuestro, mejor dicho, es ya un viejo amigo de la Argentina.»**



que cuenta, recién cumplidos, exiguos treinta y tres años. Para ese entonces sólo ha publicado un primer libro —*Meditaciones del Quijote*— cuya difusión, no obstante la excepcional y novedosa calidad estilística de tal obra, no correspondería decir que había sido grande (si mi memoria no me fuera infiel, podría aseverar que la segunda edición de *Meditaciones del Quijote* lleva fecha de 1926). Es verdad que dentro de España, la persona pública del joven Ortega disfrutaba ya de no poco renombre. Pero se trataba de una fama todavía en agraz, circunscripta todavía a círculos y grupos intelectuales, si muy selectos, poco numerosos por eso mismo (y conste que no pasamos por alto ni su importante tradición de familia en el periodismo madrileño ni su asidua colaboración en él).

Pues bien, el éxito en Buenos Aires de aquella primera presentación orteguiana de 1916 fue inusual. Fue, incluso, clamoroso. El propio Ortega nos lo ha contado —y al contarlo se hizo no poca violencia— en una de sus actuaciones públicas de 1939. El hecho acontecido entonces, segunda mitad de 1916, revistió, insisto, características inusuales, al punto que de ningún otro intelectual y conferencista forastero puede decirse otro tanto. (Curiosa, venturosamente, muchos años después habría de ocurrir algo semejante con Julián Marías, orteguiano impar.)

Se inicia, así, da comienzo de ese modo, lo que, a lo largo de muchos años, habrá de consistir en una relación cada vez más estrecha e intensa. Esa relación se traduce, por lo pronto, en lo que a Ortega se refiere, en una asidua colaboración periodística en las columnas de *La Nación*, donde en la década del veinte menudean artículos suyos todos los cuales son parte hoy de sus *Obras Completas*. El punto cenital de nuestra amistad criolla con Ortega acaso lo sea la segunda visita del filósofo en 1928. A raíz de haber manifestado Don Alejandro Korn, al ofrecer el banquete que la revista *Nosotros* organizó en honor de Ortega ese año de 1928, que en algún capítulo de la historia argentina habría de citar el nombre del filósofo español, éste, al recoger la noble y acertada indicación del viejo maestro platense, añadió que si esas palabras de Korn eran posiblemente verdad, "lo era con verdad radical, indubitable y categórica que no podría escribirse mi biografía — dado que ello tuviese algún interés— sin dedicar algunos capítulos centrales a la Argentina. Es decir que yo debo, ni más ni menos, toda una porción de mi vida —situaciones, emociones, hondas experiencias, pensamientos— a este país. Así, absolutamente así."

Tengo para mí, y no creo que haya espíritu alguno cultivado que no me acompañe, que es Ortega el intelectual y hombre de letras entre los no oriundos de la Argentina, que más y prolongadamente ha influido en nuestra vida cultural. Ello determina que proponerse uno, en un

**«El Ortega que viene a Buenos Aires en la fecha indicada es un joven profesor de filosofía de la Universidad de Madrid, que cuenta, recién cumplidos, exiguos treinta y tres años. Para ese entonces sólo ha publicado un primer libro —*Meditaciones del Quijote*— cuya difusión, no obstante la excepcional y novedosa calidad estilística de tal obra, no correspondería decir que había sido grande.»**



abrir y cerrar de ojos, transmitir algo no del todo inane acerca de "Ortega en la Argentina" parezca, semeje, acabe por resultar vano intento. ¿Hay, me pregunto, escritor, publicista, pensador alguno, cuyos escritos y cuya palabra oral hayan removido más inquietudes espirituales en orden a la filosofía, a la vida universitaria, a la historia y a la historiología, al discernimiento de lo social, a la mujer criolla, al diagnóstico psicológico del hombre riopla tense, etc. etc., que el pensamiento, la obra escrita y la palabra de Ortega? Decididamente no lo hay y acerca de ello doy por de contado que quienes me lean coincidirán conmigo en lo que acabo de sostener. De aquí que yo me acoja tan sólo dentro del *perspectivismo* —que es uno, si bien no el único, por cierto, de los nombres con que cuadra designar a la teoría general del pensamiento filosófico orteguiano— que me acoja, digo, al *perspectivismo* para referirme a un punto de vista menor dentro del vasto tema que ahora nos ocupa, pero que, en cambio, o acaso por lo mismo, pocas veces ha merecido la atención de quienes —¡y son muchos!— se han ocupado entre nosotros con reconocida autoridad del influjo y las enseñanzas de Ortega. Además, y lo dijo el propio Ortega, no se habla del punto de vista en el sentido idealista, sino al revés: es que lo visto, la realidad, es *también* punto de vista.

Pues bien, yo, desde donde, como argentino, visualizo a Ortega me encuentro con que en las tres ocasiones y las tres fechas en que hubo de visitarnos el insigne español aquí acontecen o se está en vísperas de que acontezcan hechos decisivos de nuestra historia política y social contemporánea. En efecto, en la segunda mitad de 1916, año y meses de la primera visita de Ortega, acontece el hecho mayúsculo de la asunción al mando presidencial de Don Hipólito Yrigoyen y el desplazamiento consiguiente del —durante tantos años— enérgico predominio conservador. Son —eran— los *bienfaits* del sufragio universal y obligatorio, como acaso hubiera dicho algún sarcástico y malhumorado francés.

La segunda visita data de 1928 y también acontece y transcurre en la segunda mitad de tal año. Este 12 de Octubre nuevamente Yrigoyen ocupa la presidencia de la República tras un triunfo electoral abrumador. En efecto, la fórmula adversaria Melo-Gallo, también integrada por notorias figuras del radicalismo local, resultó apabullada. Se estaba frente a un inequívoco fenómeno de masas.

Cuando Ortega y Gasset viene por tercera vez a la Argentina está en las últimas, está al terminarse, la década del treinta y con ella —adverso sino— el presidente de la República, Doctor Ortiz.

**«Tengo para mí, y no creo que haya espíritu alguno cultivado que no me acompañe, que es Ortega el intelectual y hombre de letras entre los no oriundos de la Argentina, que más y prolongadamente ha influido en nuestra vida cultural.»**



Ortega emprende su regreso a Europa en febrero de 1942 mientras ardía allá la atroz guerra mundial. En Buenos Aires la atmósfera pública pesa ostensiblemente, y apenas un trecho nos separa de lo que pronto habrá de ser el influjo —aclamado masivamente— de Perón.

Ha de aceptarse, espero, que desde mi punto de vista de fervoroso lector de Ortega pretenda yo insuflar especial significación a los hechos y fechas que he rememorado; que pretenda elevar al rango de cabal, efectivo punto de vista, las circunstancias argentino-orteguianas —que las hay y de gran fuste, lo vimos— que he creído atinado poner de manifiesto en estas notas.

En Ortega hubo —hay, lo habrá siempre— el magisterio de su obra escrita, obra sin igual en la producción de nuestra época (sin igual en su tipo y en su tiempo, y si yo tuviese autoridad suficiente para afirmarlo, sin igual incluso en la producción escrita de cualquier tiempo y país); hubo también, y en grado acaso más alto aún, el magisterio directo de su personalidad y palabra vivientes, del cual, debido a su perfección misma, resulta vano bosquejar siquiera una mala copia.

Tan sólo quienes han gozado su trato directo se hallan hoy en condiciones aptas para medir y ponderar la riqueza de saber, rigor, ingenio, memoria omnímoda y perspicacia psicológica infalible que Ortega volcaba sin descanso en su conversación portentosa. Victoria Ocampo atestigua acerca del "deslumbramiento causado por esa inteligencia sin par en la expresión verbal". Fernando Vela, el amigo de tantos años, dice en parejo sentido "Estar al lado de Ortega era estar siempre en vilo, cada día ante una revelación y un deslumbramiento". También la escritora Carmen Gándara, que trató con frecuencia a Ortega durante el último viaje del filósofo a Buenos Aires, asevera lo propio: "Por esa riqueza nativa de su índole, era el verlo hablar y razonar tan maravilloso espectáculo. Más de una vez pensé, escuchándolo, viéndolo ir y venir por su casa de Buenos Aires o por la galería de una casa de estancia, gesticulando, pensando en alta voz, buscando, continuando su incesante viaje de exploración, su magnífica aventura de descubridor del secreto de las cosas, que lo más precioso que había en él era la calidad de su atención. Yo no sé si habrá habido nunca en otra mirada humana atención más encendida y leal ante la vida".

Por fin, el que haya sido yo uno de sus amigos, que lo fuese, además, en una coyuntura muy penosa y ardua del destino terreno

**«Pues bien, yo, desde donde, como argentino, visualizo a Ortega me encuentro con que en las tres ocasiones y las tres fechas en que hubo de visitarnos el insigne español aquí acontecen o se está en vísperas de que acontezcan hechos decisivos de nuestra historia política y social contemporánea.»**



del gran español, explica y aun torna excusable que me decidiera a referir —tras haber vencido no pocos obstáculos, el menor de los cuales no fue, por cierto, el convencerme a mí mismo de que debía lanzarme a la delicada empresa— lo que constituyó nuestro trato recíproco en los años 1939,1940 y 1941<sup>(1)</sup>. He creído que de este modo contribuía a que se hiciese alguna claridad respecto de las razones — malas razones— en fuerza de las cuales mis compatriotas dejaron alejarse a Ortega —alejamiento que habría de ser definitivo— una tarde de febrero de 1942. Ese día aciago, Elena Sansinena de Elizalde, Ramón Gómez de la Serna y su esposa Luisa Sofovich, el señor Lorenzo Luzuriaga y yo, dijimos adiós al matrimonio Ortega, que partía rumbo a Portugal sobre la cubierta destartada de una de aquellas embarcaciones que hacían el tráfico precario entre Europa y América del Sur durante la guerra. (Era una tarde porteña gris y lluviosa, cuyo clima destilaba tan honda y desalentadora melancolía, que aún hoy, después de muchos años, deprime el ánimo evocarla).

Ortega se alejaba de Buenos Aires, nos dejaba indefectiblemente. Partía sin haber antes *puesto en marcha* —sin haber conseguido que le ayudáramos a hacerlo— la alta empresa de cultura que en esos años tan torvos de la Segunda Guerra Mundial se propuso él llevar a cabo, aquí entre nosotros, para bien y honor de la Argentina y de los pueblos de habla hispana.

El adiós que le dijimos ese 9 de febrero de 1942, hubo de provocar así, en los argentinos que fueron testigos de su vida durante la tercera visita del filósofo a Buenos Aires, el malestar secreto de una mala acción.

---

<sup>(1)</sup> Ver *Ortega en la Argentina*, Bs.Aires 1983.

**«Fernando Vela, el amigo de tantos años, dice en parejo sentido "Estar al lado de Ortega era estar siempre en vilo, cada día ante una revelación y un deslumbramiento".»**

